

La búsqueda de la verdad en San Agustín

RESUMEN

Sabiduría, felicidad, bondad, hermosura, todas estas facetas están unidas y tienen nombre propio, se llama Verdad. Y ¿cómo alcanzarla? El camino es Cristo. Buscar la verdad es buscar a Dios, pero para llegar a esta meta, antes Agustín ha tenido que pasar por el crisol de la duda, por la angustia intelectual de poder alcanzarla. El profesor de retórica fluctúa entre el deseo de encontrar la verdad y el miedo a ser de nuevo engañado, la desesperación del escepticismo y la nostalgia de las certezas prometidas anteriormente. Agustín buscó la verdad, la amó por encima de todo porque solo ella era necesaria, es decir, solo ella podía saciar plenamente. Se puede afirmar que el itinerario espiritual de Agustín es una incansable búsqueda de Dios hasta descansar en Él.

PALABRAS CLAVE: Verdad, conversión, duda, escepticismo, búsqueda, inquietud, amor, Dios.

ABSTRACT

Wisdom, happiness, kindness, beauty, all these facets are united and have their own name, called the Truth. And how reaching it? The way is Christ. To search for the truth is to search for God; but to reach this goal, Augustine has had to go before through the crucible of the doubt, through intellectual anguish to be able to reach it. The teacher of rhetoric fluctuates between the desire to find the truth and the fear of being deceived again, the desperation of skepticism and the nostalgia of the certainties previously promised. Augustine searched for the truth, loved it above all because only it was necessary, that is, only it could fully satiate. It can be stated that the spiritual route of Augustine is an infatigable searching of God until resting in Him.

KEY WORDS: Truth, conversion, doubt, skepticism, search, anxiety, love, god.

1. EL ABISMO DE LA DUDA

Desde la grandeza de su mente y poniéndonos en una perspectiva intelectual, hay una parte importante en Agustín que nos ha de ayudar a comprender su conversión, se trata de la contaminación de las ideas, o si queremos del pecado de la inteligencia o de la mente: “Así también los errores y falsas opiniones contaminan la vida si la mente racional está viciada, cual estaba la mía entonces, que no sabía que debía ser ilustrada por otra luz para participar de la verdad, por no ser ella la misma cosa que la verdad” (Confesiones 4, 15, 25). Agustín despierta a la verdad al calor del contenido de un libro de Cicerón y “nace en él una pasión tan grande y un amor tan incondicional a la verdad, que saldrá vencedor, después de muchos años, sobre cualquier otra pasión del alma y sobre todo otro amor”¹. En esta ocasión a Agustín no le impresiona el modo de exponer, le impresiona el contenido. En el libro se invita a ser honestos cultivadores de la filosofía, a buscar lo verdadero y el bien, estar por encima de las circunstancias, de la fama, del dinero, de las satisfacciones fáciles y a vivir una vida simple, teniendo siempre la inteligencia y el corazón libres y buscando la sabiduría. Así nos presenta el efecto que produce esta lectura: “Siguiendo el programa usual de mis estudios, me di de manos a boca con un libro de un tal Cicerón, cuyo lenguaje todos admiran, no así su talante. Este libro suyo contiene una exhortación a la filosofía y lleva por título Hortensio. Su lectura realizó un cambio en mi mundo afectivo. También encaminó mis oraciones hacia ti, Señor, e hizo que mis proyectos y deseos fueran otros. De golpe todas mis expectativas de frivolidad perdieron crédito, y con increíble ardor de mi corazón ansiaba la inmortalidad de la sabiduría. Y comencé a levantarme para iniciar el retorno a ti...” (Confesiones 3, 4, 7).

Pero, ¿dónde encontrar la felicidad? Y Cicerón, en este libro, le responde: en la sabiduría. Pero, ¿dónde está la sabiduría? Poco a poco Agustín ha descubierto dónde está y cómo se llama: “Dios Verdad, en quien, de quien y por quien son verdaderas todas las cosas verdaderas. Dios, Sabiduría, en ti, de ti y por ti saben todos los que saben.

¹ En este apartado me he valido de mi artículo *El hombre que se tomó en serio su vida*, X Jornadas Agustinianas, Centro teológico San Agustín Madrid 2007, pp. 57-86 y 68.

Dios, verdadera y suma vida, en quien, de quien y por quien viven las cosas que suma y verdaderamente viven. Dios bienaventuranza, en quien, de quien y por quien son bienaventurados cuantos hay bienaventurados. Dios, Bondad y Hermosura, principio, causa y fuente de todo lo bueno y hermoso” (Soliloquios 1, 1, 3). Desde este momento Agustín anhela la Verdad, quiere investigar la verdad en sí misma. No por curiosidad, sino por verdadero amor a la verdad que le quema por dentro: “¡Oh Verdad, Verdad!, cuán íntimamente suspiraba entonces por ti desde los meollos de mi alma” (Confesiones 3, 6, 10). Cicerón le puso en camino, pero no le hablaba de Cristo, su nombre no aparecía en su libro y se inclinó hacia la Biblia, esa no tenía el estilo pulido: “El libro santo no tiene el estilo ciceroniano y anuncia la verdad eterna con palabras que solo captan los corazones humildes y puros. Agustín quiso entrar en el templo de la verdad con la cabeza erguida: Yo no quería empequeñecerme, e, hinchado de orgullo, me tenía por grande (Confesiones 3, 5, 9) y el orgullo le impidió ver la verdad donde estaba, cayendo así en el materialismo de los maniqueos”².

Es curioso que el joven profesor de retórica, despreciador de la mediocridad, prefiera la oferta de los maniqueos a la de los católicos. Los maniqueos le ofrecen una síntesis fácil de los componentes morales, racionales y religiosos, le prometen, en nombre de Cristo, que siempre tienen en la boca, alcanzar la Verdad por el camino de la razón y le resuelven el problema del mal atribuyendo la responsabilidad de los propios actos a un principio exterior. Es cierto que Agustín ama la verdad, pero en este momento se ama más a sí mismo y no se da cuenta que le están engañando: “Hacían con nosotros lo que los astutos cazadores de pájaros: que ponen varetas enligadas al lado de las aguas para cazar a las avecillas sedientas” (De la utilidad de creer 1, 2). Lo cierto es que los maniqueos más que acercarle a la Verdad, van llevándole por caminos torcidos y senderos sinuosos y no le dejan en situación favorable. Es increíble que, tan intelectual como es él, se dejase atrapar en estas redes. Pero lo cierto es que ha llegado a ser literalmente un verdadero desastre intelectual. Y dado que la búsqueda de la verdad no soporta compromisos ni incoherencias, en este momento está viviendo una profundísima crisis global: racional, religiosa y mo-

2 *Ibid.*, p. 91.

ral. Joven apasionado por la verdad, inquieto y vanidoso, nada podía desear mejor que esto, aunque a decir verdad, los maniqueos metieron en su corazón un veneno pernicioso, que se llama materialismo y que le lleva a una profunda crisis racional (cfr. Confesiones 5, 10, 19)³.

Lo cierto es que la desilusión maniquea ha complicado el camino. Es un momento crítico; a la desilusión ideológica, se añade la desilusión profesional y el descalabro económico. En la escuela que regenta los alumnos no pagan y busca influencias para promocionarse. En este momento también pesa, y mucho, la lógica ambición de hacer carrera en un camino seguro: "Suscitas precisamente aquella cuestión que tanto me atormentó a mí siendo aún muy joven, y que, después de haberme fatigado inútilmente en resolverla, me empujó e hizo caer en la herejía de los maniqueos. Y tan deshecho quedé en esta caída y tan abrumado bajo el peso de sus tantas y tan insulsas fábulas, que si mi ardiente deseo de encontrar la verdad no me hubiera obtenido el auxilio divino, no habría podido desentenderme de ellos ni aspirar a aquella mi primera libertad de buscarla" (Del libre albedrío 1, 2, 4).

Agustín llega a Italia con el aguijón de la duda en su corazón, una duda que, poco a poco, toma cuerpo en él; estamos al final del 384. A este escepticismo le da una base doctrinal, el escepticismo de su maestro Cicerón. Ciertamente Agustín sintió profundamente la duda, son demasiado dramáticas sus palabras cuando nos dice el estado de ánimo en el que se encuentra para que podamos dudar de esto (cf. *De beata vitae* 1, 4). Las narraciones nos hablan de angustia intelectual, lo que Agustín perdió fue la confianza en sí mismo, se le escapó de su vista su ser y su consistencia vital: "Se trata del destino de la vida, de las costumbres, de nuestra alma, la cual confía vencer la dificultad de todos los sofismas, y después de abrazar la verdad, volviendo, por decirlo así, al país de su origen" (*Contra los académicos* 2, 9, 22). Su duda es una duda vital, que convierte en problema insoluble las creencias que habían sido el norte de su vida⁴, es una duda más religiosa que científica. Es el escepticismo que nacía de la propia vida. Le gana

3 Cf. *Ibíd.*, pp.72-73.

4 Cf. CAPÁNAGA, V., *Introducción al Contra académicos*, BAC, Madrid 1971, pp. 2-69, 10.

el escepticismo como actitud vital del desesperado que “acaricia sin consuelo una amarga experiencia lamentable”⁵.

La verdadera causa del escepticismo era de orden moral. Lo que dudaba encontrar era algo para la dirección de su vida (cf. Confesiones 6, 11, 18). Ciertamente su escepticismo no mantiene siempre la misma intensidad y, poco a poco, va haciéndose la luz para solucionar su problema, aunque siga manteniendo ciertas dudas dentro de sí. Lo cierto es que, “el gran peregrino de Dios perdió el bien más inmueble y radical del espíritu: la esperanza de hallar la verdad. La duda de San Agustín no fue metódica, sino angustiosa y realísima en la lucha por la verdad... Pero hubo una época en su historia en que perdió la creencia vigorosa en el dominio universal de la verdad. Aquel estado fue una consecuencia y resultado de la crisis ideológica en que le sumiera el fracaso del maniqueísmo, que le había prometido dar razón de las cosas y resultó un conjunto insostenible de sinrazones”⁶. Pronto empieza a enfriarse y surgen las dudas. Al no encontrar la verdad entre los maniqueos, se encuentra en un terreno vacío. Así lo explica un estudioso: “Sabía que la verdad no estaba en el maniqueísmo, pero “no sabía” donde buscarla y encontrarla. Por un momento desesperó Agustín de que el hombre pudiese conocer la verdad o que alguno se la enseñara verdaderamente. No los maniqueos que enseñaban cosas distintas que los astrónomos; no los católicos, que mezclaban la luz con las tinieblas, y hacía nacer al Redentor de la carne y lo vestían de carne; no los filósofos, que se desmentían unos a otros. Es natural que se le ocurriese que los únicos que estaban en lo cierto fuesen los académicos, que dudaban de todo y concluían que el hombre no puede afirmar nada como cierto. ¿No es esta, tal vez, la mejor sabiduría? De este modo san Agustín se orientó hacia el escepticismo de la Nueva Academia”⁷.

Ahora Agustín ha perdido la esperanza de encontrar la verdad: “Por este tiempo se me vino también a la mente la idea de que los filósofos que llaman académicos habían sido los más prudentes, por tener

5 FLÓREZ, R., «*Condiciones generales de la filosofía agustiniana*», en *Arbol* 108 (1954) 414-415.

6 CAPÁNAGA, V., *a.c.*, p. 3.

7 SCIACCA, M. F., *San Agustín*, Barcelona 1955, p. 42.

como principio que se debe dudar de todas las cosas y que ninguna verdad puede ser comprendida por el hombre” (Confesiones 5, 10, 19). O, más preciso todavía: “Pues a los académicos plúgoles sostener que el hombre no puede conseguir la ciencia de las cosas tocantes a la filosofía (porque lo demás no preocupaba a Carnéades) y, no obstante eso, que el hombre puede ser sabio, y toda su misión consiste en investigar la verdad... De donde resulta que el sabio no da su asentimiento a ninguna cosa, porque necesariamente yerra –y esto es impropio del sabio– asintiendo a cosas inciertas” (Contra académicos 2, 5, 11). “Aunque no pareciera que la vida de filósofo escéptico le haya resultado atractiva por largo tiempo, Agustín siguió respondiendo al reto del escepticismo en todas sus obras más importantes”⁸.

Cuando Agustín llega a Milán, otoño del 384, es un hombre desilusionado, han desaparecido ya de él las certezas y entusiasmos juveniles, desespera de poder encontrar un camino que conduzca a Dios, creía que no se podía decir nada a favor de la fe católica. Tiene que aclimatarse al nuevo ambiente y al nuevo trabajo y está inquieto. De hecho, cuando habla de esta etapa de su vida no hay que minimizar sus palabras, la duda había calado hondo en su espíritu, su madre le encontró “en grave peligro por mi desesperación de encontrar la verdad” (Confesiones 6, 1, 1). Y es que en este momento: “Creía era imposible hallar la verdadera senda de la vida” (Confesiones 6, 2, 2), pero en medio de estas dudas y desorientación se encuentra con personas muy seguras de sí mismas y que le invitan a seguir profundizando: “El Agustín resentido de haber sido víctima del fraude maniqueo mientras presumía de sagaz, tiene poco que ver con el clásico pirronista, presuntuoso y hábil. Trata de incrustarse una máscara de profesional y librepensador y se sumerge en la lectura de los académicos; pero es para buscar la tierra firme en que apoyarse interiormente y para adherirse a un ideal que haga posible y soportable la vida misma”⁹.

Ahora se dio cuenta de que no conocía la doctrina de la Iglesia, que esta “no enseñaba aquellas cosas de que gravemente la acusaba” (Confesiones 6,4,5). Se siente culpable de haber sido impío, temera-

8 MATTHEWS, G., *Agustín*, Herder, Barcelona 2006, p. 42.

9 CILLERUELO, L., «*El escepticismo de san Agustín*», en *Árbol* (1947) 29-46, 30.

rio, negligente. Se siente confuso, burlado, engañado. Lo sorprendente es que descubriese tan tarde la interpretación espiritualista de la creación del hombre a imagen de Dios: “La razón vital y personal que induce a san Agustín a hacer un análisis crítico del escepticismo es que él, antes de su conversión, atravesó un periodo de desconfianza respecto a la posibilidad de la razón humana para conocer la verdad. Una vez alcanzada la verdad dentro de la Iglesia Católica, lo primero que escribe el Hiponense es la obra *Contra académicos*, obligado por el deber de escribir contra el escepticismo, que a él le había dificultado encontrar la verdad y a otros muchos les quita hasta la esperanza de hallarla”¹⁰. De hecho, intenta refutar a los académicos desde el momento de la conversión: “Sobre esta cuestión escribí, en los preliminares de mi conversión, tres libros para que no me sirviesen de obstáculos las cosas que en los mismos umbrales se me ofrecían. Me era necesario, en verdad, refutar sus argumentaciones, con las que pretendían robustecer la desesperación de encontrar la verdad” (*Enquiridión* 7, 20). El libro *Contra Académicos* “Los compuso para robustecer el anhelo profundo y esperanza de hallar la verdad, debilitada por los argumentos de los escépticos”¹¹. “A ellos (académicos) dedicaría uno de sus primeros escritos después de su conversión bajo el título *Contra académicos* (386-387). En aquel escrito y en las *Confesiones* volverá sobre el problema central de la filosofía que es precisamente el de la capacidad de la razón humana para conocer la verdad, es decir, una verdad que sea universal, eterna y absoluta”¹². Lo cierto es que a partir de este descubrimiento pierden peso las objeciones de los maniqueos contra la Iglesia: “Interpretados en un sentido espiritual, roto el velo místico que les envolvía, no decían nada que pudiera ofenderme” (*Confesiones* 6, 4, 6). Pero no podía todavía asentir a la doctrina de la Iglesia: “Retenía a mi corazón de todo asentimiento, temiendo dar en un precipicio” (*Confesiones* 6, 4, 6). Se puede afirmar que durante toda la vida de

10 GALINDO, J. A., *Teoría del conocimiento*, en OROZ, J., y GALINDO, J. A. (dir.), *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy*, vol. I, Edicep, Valencia 1998, pp.407-470, 407.

11 CAPÁNAGA, V., *Introducción...*, a.c., p. 17.

12 OLDFIELD, J., *Teología Agustiniiana de la Conversión*, en OROZ, J. y GALINDO, J. A., o.c., pp. 693-793, 713.

Agustín el objeto de su investigación fue la verdad: “El camino hacia la Verdad en san Agustín fue arduo y largo pues en muchas ocasiones se perdió en lugares especulativos que cual meandros no conducían a ninguna parte. La principal cuestión que se le planteó acerca de la Verdad, después de sus escarceos escépticos, tras el abandono del maniqueísmo, fue la de luchar contra aquellos que negaban al intelecto humano la capacidad de darle alcance. Con este fin Agustín fue demostrando la existencia de verdades, entre otras las más evidentes: las verdades matemáticas y la de la propia existencia”¹³.

Evidentemente Ambrosio está predicando la verdad y si se quiere comprender hay que creer, pero hay que descubrir que la fe no es una represión de las exigencias de la razón. El neoplatonismo tiene el mérito de arrancarle del escepticismo de la Academia y de revelarle la dimensión espiritual del hombre, las páginas que leyó de los neoplatónicos contienen una doctrina opuesta tanto al maniqueísmo como al escepticismo; no son cristianas pero sí cercanas a la teología de Cristo, es decir, el neoplatonismo prepara y ayuda, pero no produce la transformación del corazón y de la vida: “La evolución del espíritu de San Agustín, antes de su conversión, es una constante aspiración de la verdad, buscada primero entre los maniqueos, cuyo materialismo no podía contentar su alma; después, en las teorías de los académicos y, luego en la filosofía de los neoplatónicos cuyo espiritualismo fue el terreno desde el cual se elevó al conocimiento de la verdad sobrenatural del Cristianismo. Fue un itinerario largo y doloroso, en el cual hubo periodos en que desesperó de hallarla”¹⁴.

Agustín dudó, sí, pero su duda no fue una duda radical, fue una duda existencial y transitoria, no sabía qué camino seguir, no encontraba la dirección adecuada, como él mismo dice: “Determiné permanecer catecúmeno en la Iglesia católica, que me había sido recomendada por mis padres, hasta tanto que brillase algo cierto a donde dirigir mis pasos” (Confesiones 5, 14, 25). Por momentos se

13 DOLBY, M. C., *El ser humano en San Agustín*, en CANET, V. D., (edit.) *San Agustín: 1650 Aniversario de su nacimiento, VII Jornadas Agustinianas*. Centro Teológico San Agustín. Madrid 2004, pp. 77-99, 82.

14 LETIZIA, F., *Problemática filosófica agustiniana*. Universidad Nacional de Cuyo, p. 89.

sentía desesperanzado de encontrar la verdad y a renglón seguido seguía buscando, porque como un buen “peregrino de la verdad” no podía conformarse con el fracaso. Se animaba a sí mismo diciendo: “Pero busquemos con más diligencia y no desesperemos” (Confesiones 6, 11, 18).

Es en la duda misma en donde encuentra un sinfín de certezas. Es iluminador este texto de *La ciudad de Dios*: “Y en estas verdades no hay temor alguno a los argumentos de los académicos, que preguntan: «¿Y si te engañas?». Si me engaño, existo; pues quien no existe no puede tampoco engañarse; y por esto, si me engaño, existo. Entonces, puesto que si me engaño existo, ¿cómo me puedo engañar sobre la existencia, siendo tan cierto que existo si me engaño? Por consiguiente, como sería yo quien se engañase, aunque se engañase, sin duda en el conocer que me conozco, no me engañaré” (*La ciudad de Dios* 11, 26). Y más claro aún: “Todo el que conoce su duda, conoce con certeza la verdad, y de esta verdad que entiende, posee la certidumbre; luego cierto está de la verdad. Quien duda, pues, de la existencia de la verdad, en sí mismo halla una verdad en que no puede mellar la duda. Pero todo lo verdadero es verdadero por la verdad. Quien duda, pues, de algún modo, no puede dudar de la verdad. Donde se ven estas verdades, allí fulgura la luz, inmune de toda extensión local y temporal y de todo fantasma del mismo género. ¿Acaso ellas pueden no ser lo que son, aun cuando fenezca todo raciocinador o se vaya en pos de los deseos bajos y carnales? Tales verdades no son producto del raciocinio, sino hallazgo suyo. Luego antes de ser halladas permanecen en sí mismas, y cuando se descubren, nos renuevan” (*La verdadera religión* 39,73).

2. LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

Después de la lectura del *Hortensio*, Agustín se embarca en una búsqueda de la verdad, una búsqueda que persiste y es permanente: “El relato de las *Confesiones* es el relato de la búsqueda que Agustín hace de la verdad. Esta búsqueda persiste en todos los escritos de Agustín, pero buena parte de la labor teórica sobre la naturaleza de

la verdad se desarrolla en los diálogos de los primeros tiempos”¹⁵. En pocos de los grandes hombres que la historia nos ha dado a conocer, quizá en ninguno, descubrimos un afán de verdad tan sincero y tan hondo como en Agustín. La verdad para él no es sólo ocupación y tarea, es ideal supremo al que se entrega con pasión. La busca con toda el alma, cuando no la tiene; y cuando la alcanza, la vive con plenitud y la comunica con generoso amor; hasta el punto, que puede decirse que la verdad constituye el sentido de su vida y de su obra. El tema de la verdad penetra profundamente toda la reflexión agustiniana y todo su itinerario vital. En sus escritos surgen constantemente clamores por la verdad, y su vida está jalonada por pasos decisivos hacia ella: “Agustín fue el más apasionado buscador de la Verdad en el mundo antiguo. Ha luchado con el problema de la Verdad más que sus viejos maestros Platón y Plotino. El problema de la Verdad era para él una cuestión vital; y más aún: la cuestión vital por excelencia. De la solución de esta cuestión esperaba él mucho más que una pura satisfacción intelectual; para él significaba la conquista de una certera visión del mundo y de la vida, a la que iba aparejada la posibilidad de una genuina formación y desarrollo de su personalidad”¹⁶.

La verdad, para Agustín, sintetiza todo deseo del alma humana, como bien nos lo dice en el Comentario a Juan: “En efecto, ¿qué desea el alma más fuertemente que la verdad? ¿De qué debe tener ávida la garganta, por qué debe desear que dentro esté sano el paladar con que juzgar la verdad, sino para comer y beber la sabiduría, la justicia, la verdad, la eternidad?” (Comentario a Juan 26, 5). Para Agustín todo está en la verdad y la buscó con pasión “me inflamo en el amor de la verdad a indagar” (la Trinidad 1, 5, 8). La verdad se convierte también en esperanza de futuro: “Veremos allí la verdad sin trabajo y gozaremos de su claridad y certeza” (La Trinidad 15, 25, 45). Y esto porque Dios está deseando que disfrutemos de la verdad completa, íntegra: “Dios nos asistirá, como ya lo experimentamos, a quienes busquemos y promete después de la muerte corporal un reposo beatí-

15 HARRISON, S., «Verdad, verdades», en FITZGERALD, Alland D. (dir.), *Diccionario de San Agustín. San Agustín a través del Tiempo*, Monte Carmelo, Burgos 2001, pp. 1313-15, 1313.

16 HESSEN, J., *La Filosofía de san Agustín*, Athenas, Cartagena 1962, p. 35.

simo y la posesión completa de la verdad sin engaño” (Soliloquios 2, 20, 36): “Veritas. Esta es la palabra central de la obra de San Agustín. Ella aparece en casi todas sus páginas. Ella es la síntesis, la reducción a la unidad de todas las cosas. El genio de Agustín está patente en esta concepción amplísima y honda, que llega al secreto del mundo, del hombre y de Dios”¹⁷. El mismo Boyer, dice algo similar: “En cada página de San Agustín se halla la palabra verdad; esta es, ya la verdad que él anhela y busca, ya la que le esclarece y le ilumina, ya la que le habla por mil voces de la naturaleza, ya finalmente la que él espera para la vida futura como recompensa de sus trabajos”¹⁸.

Agustín a lo que parece identifica sabiduría y verdad: “¿Acaso piensas que la sabiduría es otra cosa que la verdad, en la que se contempla y posee el sumo bien?” (El libre albedrío 2, 9, 26). “La Verdad aparece en los Diálogos como la clave de la existencia del hombre, como la meta de aspiraciones hondamente arraigadas en su naturaleza. Se encuentra envuelta por el tamiz de la urgencia, como protagonista del drama existencial que hace apremiante su hallazgo”¹⁹. Esto es así hasta el punto que en algún momento Agustín parece identificar el problema de la felicidad y el de la verdad: “Luego la completa saciedad de las almas, la vida dichosa, consiste en conocer piadosa y perfectamente por quién es guiada a la Verdad, de qué Verdad disfrutas y por qué vínculo te unes al Sumo Modo... Esta es, sin duda, la vida feliz, porque es la vida perfecta” (La vida feliz 4, 35); por todo esto nos interesa saber lo que Agustín entiende por la verdad y cómo reflexiona él sobre el valor de la verdad en toda su complejidad.

Hoy cuando el agnosticismo y el escepticismo parece que tienen carta de ciudadanía en nuestros hermanos los hombres, nos conviene volver a Agustín para beber en sus aguas esperanzadas la doctrina y poder dar esperanzas. Agustín está convencido de que se puede conocer la verdad y vivir de ella (cf. Contra Académicos 3, 20, 43). Para Agustín la verdad es el gozne de la puerta de toda alma hambrienta de

17 PEGUEROLES, J., *La búsqueda de la verdad en la vida y en las obras de San Agustín*, Espíritu 11, 1962, pp. 69-84, 79.

18 BOYER, P., *L'idée de vérité dans la philosophie de Saint Agustin*, París 1920, p. 1.

19 DOLBY, M. C., *El hombre es imagen de Dios. Visión antropológica de san Agustín*, Eunsá, Pamplona 1993, pp. 26.

Dios, hambrienta de valores humanos y eternos, es el motor que le ha llevado por los caminos tortuosos que ha recorrido en su vida de peregrino. Si nos fijamos en su vida, en sus escritos, vemos que Agustín es un hombre ansioso de luz, anhelante e inquieto por la sola verdad, quiere una verdad vivificante, demoledora del error, luz del alma: “¿Ama algo el alma con más ardor que la verdad? ¿Para qué el hambre devoradora? ¿Para qué el deseo de tener sano el paladar interior, capaz de descubrir la verdad, sino para comer y beber la sabiduría, y la justicia, y la verdad, y la eternidad?” (Comentario a Juan 26, 5).

La verdad lo es todo para Agustín, y él todo para la verdad. Y es que, según él, el amor a la verdad es innato al hombre: “No por otra cosa sino porque de tal modo se ama la verdad, que quienes aman otra cosa que ella, quisieran que esto que aman fuese la verdad. Y como no quieren ser engañados, tampoco quieren ser convictos de error; y así, odian la verdad por causa de aquello mismo que aman en lugar de la verdad” (Confesiones 10, 23, 34). La verdad es la única y principal aspiración de la vida humana. La verdad enciende en el alma deseos del puerto seguro. La investigación de la verdad, su búsqueda es, según Agustín, uno de los fines que persigue toda actividad humana, y a esto se dirige con todas sus fuerzas el hombre: “El fin del hombre es indagar la verdad como se debe: buscamos al hombre perfecto, pero hombre siempre” (Contra Académicos 1, 3, 9). De aquí que nuestra ocupación suprema sea el caminar para encontrarnos con la verdad: “Creo que nuestra ocupación, no leve y superflua, sino necesaria y suprema, es buscar con todo empeño la verdad” (Contra Académicos 3, 1, 1).

Verdad, felicidad, sabiduría, en Agustín se identifican o, al menos, tienen el mismo tono de voz y nos sugieren avanzar en el camino y adentrarnos en el Bien Sumo. Siendo esto así es obligado entrar en contacto con la verdad y enfrascarse en ella: “En la verdad se conoce y se posee el bien sumo. La verdad es la sabiduría. Fijemos, por tanto, en ella nuestra mente y conservemos así el bien sumo y gocemos de él, pues es feliz el que goza del sumo bien. Esta es la verdad que ofrece todos los bienes que son verdaderos, y de los que los hombres inteligentes, según la capacidad de su penetración, eligen para su dicha uno o varios” (El libre albedrío 2, 13, 36). La verdad es pan, es alimento sólido para el espíritu: “La verdad es inmutable. La ver-

dad es pan; restaura las mentes y no falla; cambia a quien nutre, ella misma no se cambia en quien ella nutre. *La Verdad* en persona es *la Palabra de Dios, Dios en Dios, Hijo Unigénito*. Esta Verdad se ha vestido de carne por nosotros, para nacer *de* María virgen y que se cumpliese la profecía: *La verdad brotó de la tierra*. Esta Verdad, pues, cuando hablaba a los judíos se ocultaba *en la carne*; se ocultaba empero no para rehusarse, sino para diferirse; diferirse para padecer *en la carne*; ahora bien, padecer *en la carne*, para que fuese redimida la carne *de pecado*” (Comentario a Juan 41, 1). En el fondo la verdad, tal como la entiende Agustín es el manjar que toda alma puede recibir y aprovecharse de ella.

Para estudiar la verdad, dice Anglés, lo mejor sería seguir el profundo texto de libro *La verdadera religión* 39, 72-72 ya que el texto es un camino que avanza hacia la verdad. Comienza diciendo que la verdad es ineludible. Da por sentado que ya estamos en la verdad de alguna manera, de lo contrario es como si fuésemos arrancados de ella, aunque nunca careceríamos del todo de ella. Y lo que nos trasmite el texto es como se relaciona el alma con la verdad y cómo estamos amarrados a la verdad. Marca todo un itinerario partiendo del extremo contrario a la verdad, de los placeres sensibles. Lo sensible puede, pero no debería impedirnos llegar a la verdad. Si el ser humano quiere estar en la verdad debe buscarse a sí mismo, dejar lo sensible y profundizar en la interioridad ya que la verdad habita en el alma, si encuentra el alma, encuentro la verdad, pero la verdad no se identifica con el alma, por lo que el hombre ha de trascenderse. Es en el alma racional donde la verdad habita y se manifiesta²⁰.

Esto viene de lejos, la lectura del Hortensio ha supuesto un momento importante en su aspiración a la verdad. “Desde este momento, Agustín no vivirá más que para la verdad y la sabiduría. Todos sus anhelos incoercibles de felicidad y de bien; todos sus entusiasmos y arrebatos por la belleza suprema; todos sus ímpetus amorosos y encendidos; todas sus ilusiones y esperanzas de gloria y honores se van reduciendo y concretando poco a poco en este supremo y

20 Cf. ANGLÉS, M., *El “cogito” en San Agustín y en Descartes*, Cuadernos de “Espíritu”, Ed. Balmes, Barcelona 1992, pp. 53-55.

fascinante ideal, hasta llegar a constituir para él el único objeto de sus amores y el principio y centro de toda su vida interior. Si filósofo, como luego dirá el santo, es el que ama la sabiduría, nadie entre los antiguos ni entre los modernos se puede llamar con más razón filósofo que Agustín. Porque la pasión por la verdad es en él algo desbordante e inusitado”²¹. Toda la vida de Agustín está fundamentada en un inquebrantable amor a la verdad. La búsqueda de la verdad se apoya en el convencimiento de que el hombre puede llegar a ella. Su deseo de Verdad es enorme y va creciendo. Todo hombre aspira a la posesión de la verdad, entendida como descubrimiento de algo oculto y deseable. Pero el amor a la verdad siempre hace referencia a una andadura, a un camino, a un proceso a realizar, no es una conquista realizada sino en tensión. La ordenación del amor pertenece también al método de comprensión de la verdad, ya que “no se entra en la verdad sino por el amor” (Contra Fausto 32,18). Para Agustín, no sólo es el entendimiento el que busca la verdad, sino que es todo el hombre, ya que la integridad de su ser está comprometida en la indagación de este bien que es la verdad: “En este sentido la conversión de Agustín fue, en realidad, una doble conversión. Por un lado, la conversión al cristianismo y previamente la conversión a la filosofía, entendida esta como la búsqueda de la verdad a través de la razón”²².

Para Agustín la búsqueda de la verdad es fundamentalmente un problema de mentalizarse: “Con todo, aun hallándome ya en los treinta y tres años de la vida, creo que no debo desconfiar de alcanzarla alguna vez, pues, despreciando los bienes que estiman los mortales, tengo propósito de consagrar mi vida a su investigación. Y como para esta labor me impedían con bastante fuerza los argumentos de los académicos, contra ellos me he fortalecido con la presente discusión. Pues a nadie es dudoso que una doble fuerza nos impulsa al aprendizaje: la autoridad y la razón. Y para mí es cosa ya cierta que no debo

21 VEGA, A. C., *Introducción a la filosofía de san Agustín*. Citado por Manuel Mindar Manero, *El afán de verdad en san Agustín*, en San Agustín. Estudios y coloquios, Zaragoza 1960, pp.107-127, 108.

22 BASSOLS, L., *San Agustín. Vida, pensamiento y obra*, Planeta De Agostini, sin fecha ni lugar, p. 37.

apartarme de la autoridad de Cristo, pues no hallo otra más firme” (Contra académicos 3, 20, 43). Agustín es un buscador de la verdad, que significa que está en elevación espiritual con conquistas muy concretas. Tanto la esperanza de hallar la verdad como el camino de la misma, evocan en el itinerario agustiniano luchas serias. A Honorato le presenta la ruta de la verdad que ha seguido: “Cuando ya me hallaba en Italia, reflexioné conmigo mismo y pensé no si continuaría en aquella secta, en la que estaba arrepentido de haber caído, sino en cuál sería el método para hallar la verdad, cuyo amor, tú lo sabes mejor que nadie, cuánto me hacía suspirar. Con frecuencia me parecía imposible encontrarla, y mis pensamientos vacilantes me llevaban a aprobar a los académicos. A veces, por el contrario, posando la consideración en la mente humana, su acuidad, su sagacidad, su perspicacia, me inclinaba a creer que lo que se nos ocultaba no era la verdad, sino el modo de dar con ella, y que ese modo debería venirnos de algún poder divino” (La utilidad de creer 8, 20). El “fallor sum” de Agustín se configura como una especie de método preliminar de búsqueda de la verdad que confirma que la mente tiene capacidad para encontrar tal verdad. Ciertamente en el mundo de los sentidos de los objetos corpóreos no descubre la verdad que busca, porque en este mundo de los sentidos todo cambia, todo se muda. Es volviéndose al interior como puede descubrir la verdad buscada, pero el alma ha de trascenderse para encontrar a Dios, que es el fundamento de la verdad²³.

Podemos ver que amaba apasionadamente la verdad, pero no la tenía. Ardía consumido por su falta, “devorado por la falta de verdad” (Confesiones 3, 6, 11), Agustín sentía hambre de verdad y de bien, hambre de sabiduría y de felicidad. Para él quien quiera ser feliz tiene que buscar generosamente la verdad y dejar a un lado todas las demás preocupaciones: “Pues habiéndome propuesto exhortaros vivamente a la investigación de la verdad, comencé por preguntaros que interés poníais en ello, y ha sido tanto el que habéis puesto, que no puedo desear más. Pues deseando alcanzar la felicidad, ora consista en el hallazgo, ora en la diligente investigación de la verdad, dejando a un lado todas las otras cosas, si quieres ser dichoso, es necesario bus-

23 cf. BASSOLS, L., *San Agustín. Vida*, o.c., p. 120.

carla” (Contra académicos 1,9,25). Como dice Capánaga, la verdad es importantísima para Agustín y le espoleó permanentemente: “La aspiración a la Verdad reviste en san Agustín un carácter singular e inconfundible; la Verdad para él es un imán poderoso que con fuerza arrolladora le arrastraba; su inteligencia no reposó un momento, porque estuvo alejado de la Verdad. Este desasosiego tan persistente, que destruyó su alma tanto tiempo, es inexplicable en el sistema de la inmanencia. Porque estar en extremo sediento de la Verdad, teniendo en el alma los surtidores de la misma, es cosa bien extraña y que pone admiración”²⁴.

Sobre todo al principio, Agustín enfoca el problema de la verdad en función del de la felicidad: “Esa es cabalmente la bienaventuranza del hombre: Buscar bien la verdad; eso es llegar al fin, más allá del cual no puede pasarse. Luego el que con menos ardor de lo que conviene investiga la verdad, no alcanza el fin del hombre; mas quien se consagra a su búsqueda según sus fuerzas y deber, aun sin dar con ella, es feliz, pues hace cuanto debe según su condición natural” (Contra los académicos 1,3,9). Siempre ha creído que debe a su madre la gracia de que él se dedique a investigar la verdad: “Pues creo y afirmo sin vacilación que por tus ruegos me ha dado Dios el deseo de consagrarme a la investigación de la verdad, sin preferir nada a este ideal, sin desear, ni pensar, ni buscar otra cosa” (Contra los académicos 1, 3, 9). Pero el esfuerzo constante y habitual como tensión hacia la sabiduría y la verdad es algo elemental, ya que para Agustín sólo el que busca la verdad con todas sus fuerzas la encuentra: “Si la sabiduría y la verdad no se aman con todas las fuerzas del espíritu, no se puede, en modo alguno, llegar a su conocimiento; pero si se busca como se merece, no se retira ni se esconde a sus amantes” (Costumbres de la Iglesia católica 1, 17, 31). El ideal de la verdad es una fuerza nueva que imprime una orientación a su vida. Investigar el camino de la sabiduría será su tarea. Con ello, su existencia cobrará un alto interés, un sentido espiritual. Pero no se puede olvidar que “la verdad es dulce y amarga... Cuando es dulce, consuela; cuando es amarga, cura” (Epístola 247, 1).

24 CAPÁNAGA, V., «*El Inmanentismo y la conversión de san Agustín*», en *Augustinus* 23, 1978, pp.329-352, 331.

Cuando Agustín invita a la búsqueda de la verdad y la sabiduría no es sólo para aumentar conocimientos, sino para vivir mejor: “Ciertamente hay muchos que buscan con gran empeño las sentencias de la sabiduría y quieren que ésta forme el arsenal de su ciencia, pero no el de su vida, para llegar, no por las costumbres que ordena la sabiduría, sino por las voces que ella contiene, a la alabanza de los hombres, que es gloria vana. Luego cuando buscan la sabiduría, en realidad no la buscan, porque, si la buscasen, vivirían según ella” (Comentario al salmo 118, 29, 1). La búsqueda exige un dinamismo vital y pone en movimiento todas las energías para vivir, de lo contrario es una búsqueda falseada: “No es escudriñar los preceptos del Señor no amar lo que enseña y no querer llegar a donde nos llevan, esto es, a Dios. Además, si estos mismos escudriñan los preceptos del Señor para conseguir y alcanzar por ellos no a Dios, sino cosa distinta, sin duda no le buscan de todo corazón” (Comentario al salmo 118, 1, 2).

Parece lógico, conociendo un poco la doctrina agustiniana, que el paso obligado para una búsqueda de la verdad con garantías de éxito, sea la interioridad; es decir, será en el hondón del hombre, en la intimidad más íntima donde la verdad se hace presente y, en cierta medida, se impone con fuerza irresistible: “¿adónde arriba todo pensador si no es a la verdad? La cual no se descubre a sí misma mediante el discurso, si no es más bien la meta de toda dialéctica racional. Mírala como la armonía superior posible y vive en conformidad con ella. Confiesa que tú no eres la Verdad, pues ella no se busca a sí misma, mientras que tú le diste alcance por la investigación, no corriendo espacios, sino con el afecto espiritual, a fin de que el hombre interior concuerde con su huésped” (La verdadera religión 39, 72). Es más, para alcanzar la verdad, se hace nuestra ayuda la misma verdad, por parte del hombre será necesario un esfuerzo para purificarse, llevar una vida recta para poder encontrarse con la verdad (cf. La verdadera religión 3, 3): “Nos elevamos a la verdad por la razón, pero es la verdad la que nos atrae como sumo bien, y en esta aventura se pone en juego todo nuestro ser. La verdad no significa algo de la razón, puramente alejado del orden de la vida, sino que pone en tensión todo el ser del hombre... Se trata de una total conversión del hombre a la verdad... La búsqueda de la verdad supone un dejarla manifestarse tal como es, para lo cual es preciso que el yo

renuncie a creerse centro... La verdad no es un producto de la razón, sino algo que se descubre a través de y en la razón”²⁵. Para llegar a la verdad tenemos a nuestra disposición un doble camino: la autoridad y la razón, la religión y la filosofía (cf. Las dimensiones del alma 7, 12; El orden 2, 5, 16) “En esta nueva etapa de la verdad buscada y encontrada no apaga esa sed de búsqueda de la verdad característica en Agustín, sino que la orienta, alimenta y vigoriza. Admite que la Verdad está presente en la mente y niega que el hombre sea luz para sí mismo. Ahora bien, esa Verdad ilumina al hombre en todos los órdenes, tanto natural como sobrenatural, cognoscitivo como moral... Desea conocer la verdad y entender lo que cree una vez que se había manifestado la Verdad. Esta Verdad está presente en la mente y es el maestro interior, el criterio de verdad. Impresa en el corazón humano, habita en el hombre interior”²⁶.

La consecuencia inmediata de esta naturaleza común de la verdad es la necesidad de que sea comunicada porque es dada para disfrute de todos: “Por eso, Señor, son temibles tus juicios, porque tu verdad no es mía ni de aquel ni del de más allá, sino de todos nosotros, a cuya comunicación nos llama públicamente, advirtiéndonos terriblemente que no queramos poseerla privada, para no vernos de ella privados. Porque cualquiera que reclame para sí propio lo que tú propones es disfrute de todos, y quiere hacer suyo lo que es de todos, será repelido del bien común hacia lo que es suyo, esto es, de la verdad a la mentira” (Confesiones 12, 25, 34).

3. LA BÚSQUEDA DE DIOS

¿Qué busca Agustín cuando busca la verdad? ¿Cómo la entiende? “La verdad me parece que es lo que es” (Soliloquios 2, 5, 8). Que Agustín identifica la verdad con la sabiduría, está claro, de hecho, la sabiduría para Agustín coincide con la contemplación de la verdad, que nos hace semejantes a Dios: “El séptimo grado es la misma sabi-

25 ANGLÉS, M., *El “cogito”, o.c.*, p. 56.

26 LAZCANO, R., *El amor a la verdad según Agustín de Hipona*, Revista Española de Filosofía Medieval, 17, 2010, pp. 11-19, p.17.

duría, la contemplación de la verdad, que purifica todo el hombre y le imprime una viva semejanza con Dios” (Sermón de la montaña 1, 3, 10). La verdad es para Agustín el mismo Dios, por eso toda su aspiración es llegar a su contemplación. Ir de camino hacia la Verdad significa andar por los senderos de Dios: “Para Agustín la verdad debe ser, en todo caso, eterna y necesaria. Solo es verdadero lo que participa de la verdad. Verdades como que tres más dos es igual a cinco, son independientes de nuestra voluntad. Están encima de nosotros. ¿Cuál es el fundamento real de todas ellas? Agustín responde que su fundamento debe buscarse en su referencia a Dios, que es la Verdad metafísica misma, *ipsa veritas*. Las cosas son verdaderas en cuanto son conformes a la idea que de ellas existe en la mente divina; análogamente a lo que sucede con una estatua que es verdadera en cuanto es conforme a la idea que de la misma tuvo el artista”²⁷.

De hecho, en el proceso de ascensión que nos presenta en el *De la cantidad del alma*, a partir del quinto grado, se va perfilando ya el descanso en la contemplación de la verdad, hasta llegar en el séptimo a la contemplación y a la alegría suma: “Ciertamente, en la misma visión y contemplación de la verdad, que constituye el séptimo y último grado del alma, ¿cómo diré yo qué alegrías, qué goce del supremo y verdadero bien, qué inspiración de su serenidad y eternidad habrá?... Es tan grande el placer contemplando la verdad, sea cualquiera el aspecto bajo el cual la pueda contemplar uno; es tanta la pureza, la sinceridad, la fe inmutable de las cosas, que nadie creerá haber sabido algo en otro tiempo, cuando le parecía tener ciencia” (*De la cantidad del alma* 33, 76). Por tanto, para Agustín, parece claro que buscar la verdad es buscar a Dios mismo, es decir, el ser supremo y el sumo bien: “Esta es la Verdad y el Bien puro: no hay aquí sino el bien, y, por consiguiente, el Bien sumo” (*La Trinidad* 8, 3, 5). “Así, pues, la mente, ese poderoso instrumento que puede aprehender la Verdad inmutable, la Verdad que no varía, es también el medio donde el fundamento mismo de la verdad se revela. Según Agustín, esa Verdad eterna e inmutable es el modelo al que toda norma o acción humana se refiere”²⁸.

27 LETIZIA, F., *o.c.*, p. 104.

28 BASSOLS, L., *San Agustín, o.c.*, p. 119.

De hecho, el mismo Agustín afirma: “Allí donde hallé la verdad, allí hallé a mi Dios, la misma verdad” (Confesiones 10, 14, 35). Este es posiblemente el mayor descubrimiento de Agustín, que implica vivir de una manera determinada. El hombre aparece en la reflexión agustiniana como un ser inquieto, que sólo se aquieta en Dios. Pero para Agustín Dios es punto de llegada para el hombre, porque antes es punto de partida. El hombre es el ser que tiende hacia, que tiene una tensión personal al Ser supremo, que es su vocación profunda: “Perfección llama en esta vida al olvido de lo que atrás queda y al avance intencional hacia la meta que delante tenemos. La intención del que busca, vía es de seguridad hasta alcanzar aquello hacia lo que nosotros tendemos y que se extiende más allá de nosotros mismos... Busquemos como si hubiéramos de encontrar, y encontremos con el afán de buscar” (La Trinidad 9, 1, 1). Para Agustín en esta vida es necesario vivir en tensión, en inquietud, porque aspiramos al descanso: “En tensión, no relajado; la única cosa pone en tensión, no en relajamiento. Las muchas cosas relajan, la única mantiene en tensión. ¿Y durante cuánto tiempo mantiene en tensión? Mientras vivimos aquí. Cuando hayamos llegado a la patria, en vez de mantenernos en tensión, nos relajará” (Sermón 255, 6).

La inquietud agustiniana nace también de su misma concepción de Dios que le lleva a una tensión sin fin, ya que “hablamos de Dios; ¿qué maravilla que no puedas comprenderle? Si le comprendes no es Dios” (Sermón 117, 5). Es más, con relación a Dios, cuando parece que has llegado ya a la meta, comienza el camino en una dialéctica de reposo e inquietud: “Porque llena la capacidad de quien le busca y hace más capaz a quien le halla, para que, cuando pueda recibir más, torne a buscarle para verse lleno... Nosotros, en cambio, andemos siempre por el camino, hasta llegar a donde él conduce, sin quedarnos en él, sin detenernos en ningún punto del camino, y así, buscando avanzamos, y hallando llegamos a conseguir algo, y buscando y hallando pasamos a aquello que nos resta, hasta que se ponga fin a la búsqueda allí donde a la perfección no le quedan deseos de ir más adelante” (Comentario a Juan 63, 1). Esto se debe a que lo que se busca es incomprensible de una sola vez y, por tanto, una vez encontrado, es necesario seguir buscando: “¿Se ha de seguir buscando una vez encontrado? En efecto, así se han de buscar las realidades incompre-

sibles, y no se crea que no ha encontrado nada el que comprende la incomprensibilidad de lo que busca. ¿A qué buscar, si comprende que es incomprensible lo que busca, sino porque sabe que no ha de cejar en el empeño mientras adelanta en la búsqueda de lo incomprensible, pues cada día se hace mejor el que busca tan gran bien, encontrando lo que busca y buscando lo que encuentra? Se le busca para que sea más dulce el hallazgo, se le encuentra para buscarle con más avidez” (La Trinidad 15, 2, 2).

Será necesario buscar y seguir buscando, sin desfallecer, estar siempre en camino: “Tensemos la mirada de la mente y, con la ayuda del Señor, busquemos con insistencia a Dios. Es voz de un cántico divino: *Buscad a Dios y vivirá vuestra alma*. Busquémosle para hallarlo, busquémosle una vez hallado. Búsquesele para hallarlo, está oculto; búsquesele una vez hallado, es inmenso; por ende, se dice en otra parte: *Buscad siempre su faz*. En efecto, en la medida en que quien lo busca capta, lo sacia, y a quien lo ha hallado lo hace más capaz, para que de nuevo busque ser llenado cuando comenzare a captar más. «*Buscad siempre su faz*» está, pues, dicho no como se dice de ciertas individuales: *Aprendiendo siempre, mas sin llegar nunca al conocimiento de la verdad*, sino que, más bien, está dicho como asevera aquél: *Cuando un hombre hubiere terminado, entonces comienza*: hasta que lleguemos a esa vida donde seamos llenados de forma que no seamos hechos más capaces, porque seremos tan *perfectos* que ya no progresaremos, pues se nos mostrará *lo que nos basta*. Aquí, en cambio, busquemos *siempre* y el fruto del hallazgo no sea el final de la búsqueda” (Comentario a Juan 63, 1).

En esta búsqueda se pone en movimiento lo más íntimo del ser humano: “Pero ¿qué significa *buscad continuamente su rostro*? Yo sé ciertamente que acercarme a Dios es un bien para mí; pero si siempre se lo busca, ¿cuándo se lo encuentra? ¿O es que dijo *siempre* dando a entender que durante toda nuestra vida que vivimos aquí abajo, desde que hemos conocido que debemos hacer esto, debe buscarse aun cuando ya se le haya encontrado? Porque no hay duda de que la fe ya lo ha encontrado, aunque todavía lo sigue buscando la esperanza. La caridad también lo ha encontrado por la fe, pero busca poseerlo por la visión, por la que de tal manera será encontrado, que eso nos bastará, y ya no habrá que buscarlo más” (Comentario al salmo 104,

3). Lo más grande de su teología y de su mística es el dinamismo, el proceso de conversión continua y esto porque “a Aquel a quien hay que encontrar está oculto, para que le sigamos buscando; y es inmenso, para que después de hallado, le sigamos buscando” (Comentario a Juan 63, 1). Por otra parte, es cierto que “nadie llega (a la meta) sino el que está en camino, mas no todo el que está en camino llega” (Sermón 346 B, 2). Si algo caracteriza la antropología agustiniana es el dinamismo, la búsqueda y la inquietud y Agustín mismo es siempre un hombre en camino: “Haz que me acuerde de ti, te comprenda y te ame. Acrecienta en mí estos dones hasta mi reforma completa” (La Trinidad 15, 28, 51).

Dios es la fuente del ser y de la verdad, pero dado que la verdad está en nuestro interior, aprehender la verdad, que, por cierto, es filosofar, implicará interiorizarse, entrar dentro y, profundizando más, filosofar no puede ser otra cosa que amar a Dios, que es la verdad interior: “Ahora bien, si la sabiduría es Dios, *por quien todo ha sido hecho*, como nos lo dice la autoridad y verdad divinas, el verdadero filósofo es el que ama a Dios” (La ciudad de Dios 8,1). Desde aquí se puede afirmar que Dios es el fin último del hombre, que llegar a él es la verdadera misión que tiene el ser humano, su más seguro descanso: “Aprendió por medio de estas lecturas (de los neoplatónicos) que el camino hacia la verdad no había que buscarlo en el fenómeno cambiante de los sentidos sino en el retorno a sí mismo como conocedor y no simplemente como receptor de sensaciones”²⁹.

La búsqueda de la verdad, que es búsqueda de Dios, se convierte en la aspiración fundamental de Agustín: “No es, pues, cierto que todos quieran ser felices, porque los que no quieren gozar de ti, que eres la única vida feliz, no quieren realmente la vida feliz... La vida feliz es, pues, gozo de la verdad, porque éste gozo de ti, que eres la verdad, ¡oh Dios, luz mía, salud de mi rostro, Dios mío! Todos desean esta vida feliz; todos quieren esta vida, la sola feliz; todos quieren el gozo de la verdad. Muchos he tratado a quienes gusta engañar; pero que quieren ser engañados, a ninguno. ¿Dónde conocieron, pues, esta vida feliz

29 OLDFIELD, J., «*Teología Agustiniana de la Conversión*», en OROZ, J., y GALINDO, J. A. (dirs.), *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy*, Edicep, vol. II, Valencia 2005, pp.693-793, 718.

sino allí donde conocieron la verdad? Porque también aman a esta por no querer ser engañados, y cuando aman la vida feliz, que no es otra cosa que gozo de la verdad, ciertamente aman la verdad” (Confesiones 10, 23, 33): “Cuando Agustín habla, aquí en las Confesiones, de la felicidad como “gozo de la verdad”, está absolutamente lejos de concebir tal gozo como el gozo de algo puramente ideal o abstracto: lo ideal sí es importantísimo, pues es ‘realidad virtual’ que apunta a Dios, pero el gozo, evidentemente, ha de ser de bienes concretos (‘seres subsistentes’) y por sobre todo de Dios mismo como ser concretísimo... Que la felicidad es el “gozo de la verdad” anota se comprueba observando que aun los hombres que suelen engañar a los demás, no aman ciertamente ser engañados ellos mismos”³⁰.

Al identificar la Verdad con Alguien, entendemos que se puede tender a ella por amor y con pasión, el mismo Agustín así lo entiende: “Y la faz de Dios, ¿no es la Verdad, por la que suspiramos, purificándonos y adornándonos para ella, porque es nuestra amada?” (El orden 1, 8, 23). “La Verdad lo es todo para Agustín, porque la Verdad es Dios. Ahora hemos expresado hasta el fondo la concepción agustiniana. Agustín desde el primer momento coloca la verdad más allá de los confines humanos, sobrehumana, trascendente. La Verdad es Ser, Ser Absoluto. La Verdad es inteligencia, inteligencia infinita. La Verdad es bien, Bien Sumo. La Verdad es Dios”³¹. Por tanto: “Puesto que Dios es la verdad inmutable, sin mengua ni aumento, sin defecto ni progreso, sin propensión a ninguna falsedad, perpetua, estable, y siempre incorruptible” (Sermón 362, 29).

Por eso es legítimo temer no poder encontrarla, pero, no es legítimo dejar de buscarla: “A riesgo de todo peligro se debe buscar la verdad y la salud del alma, aun cuando hayan sido estériles todos los trabajos y no se la haya encontrado allí donde parecía seguro su hallazgo... ¿Qué inconveniente hay, pues, en que mediante una investigación piadosa y diligente se inquiera si es aquí donde tiene su asiento esa verdad, asiento que por necesidad ha de ser conocido y guardado por unos pocos, aun cuando los pueblos todos le nieguen su simpatía

30 PIERANTONI, C., «Felicidad y verdad en san Agustín y Torkowsky», en *Teología y Vida*, 47 (2006) 219-242, 30-131.

31 PEGUEROLES, J., *La búsqueda de la verdad, a.c.*, p. 82.

y su calor?” (La utilidad de creer 7, 18). También en la búsqueda de la verdad hay que seguir un orden y adentrarse en el camino de la búsqueda después de una profunda purificación interior: “Mancilla para el alma es cualquier amor que no sea el amor de Dios y del alma; cuanto más limpio se halla el espíritu de esas impurezas, más fácil resulta la intuición de la verdad. Desear, pues, ver la verdad con ánimo de purificar el espíritu es invertir el orden y posponer lo que se debe anteponer: hay que purificar para ver. Luego si no podemos intuir la verdad, ya tenemos la autoridad establecida para hacernos capaces y para que nos dejemos purificar” (La utilidad de creer 16, 34). Cuando uno busca con sinceridad la verdad, se le concede el llegar a ella y disfrutar de ella, con toda seguridad: “Es imposible, pues, por una especial providencia divina, que a las almas religiosas que piadosa, casta y diligentemente desean conocerse a sí mismas y a su Dios, es decir, la verdad, les falten los medios suficientes para conseguirlo” (La dimensión del alma 14, 24).

El motor de este dinamismo vital es el amor que no es reposo del satisfecho, sino amor que busca a Dios porque sólo Él satisface la nostalgia y es el único reposo válido del hombre, pero de momento es necesario seguir en el camino guiados por la esperanza de alcanzar el reposo en la casa del Señor: “Corramos, corramos, porque iremos a la casa del Señor. Corramos y no nos cansemos, porque llegaremos adonde no nos fatigaremos. Corramos hacia la casa del Señor. Se regocije nuestra alma con aquellos que nos dicen estas cosas. Los que nos dicen esto son los que primero divisaron la patria y de largo gritaron a los que venían detrás de ellos: Iremos a la casa del Señor. Apresuraos, corred” (Comentario al salmo 121, 2). Aunque en apariencia en Agustín exista un doble primado del amor y de la verdad, se compagina en la relación del Hijo, en cuanto verdad, y el Espíritu Santo, en cuanto amor, con respecto al Padre, del que proceden. Por lo visto hasta ahora, da la impresión que para Agustín la ciencia no le ha servido para ir a Dios, que ha necesitado la firmeza de la esperanza y, sobre todo, el motor del amor, así parece confirmarlo: “Quien conoce la verdad, conoce esta luz, y quien la conoce, conoce la eternidad. La Caridad es quien la conoce... Por ti suspiro día y noche, y cuando por vez primera te conocí, tú me tomaste para que viese que existía lo que había de ver y que aún no estaba en condiciones de ver... Lo oí

como se oye interiormente en el corazón, sin quedarme lugar a duda, antes más fácilmente dudaría de que vivo, que no de que no existe la verdad, que se percibe por la inteligencia de las cosas creadas” (Confesiones 7, 10, 16).

El fin último, la pretensión que Agustín tiene es llegar a la contemplación de Dios, es decir, instalarse en la Verdad y conseguir la armonía: “Mas cuando el alma se arreglare y embelleciera a sí misma, haciéndose armónica y bella, osará contemplar a Dios, fuente de todo lo verdadero y Padre de la misma verdad” (Del orden 2, 19, 51). Y Agustín sigue preguntándose: ¿quién es feliz? Y se responde: “Y es feliz el hombre que ha llegado a conocer y a poseer el sumo bien, lo cual deseamos todos sin género alguno de duda. Por tanto, como consta que todos queremos ser bienaventurados, igualmente consta que todos queremos ser sabios, porque nadie que no sea sabio es feliz, ya que nadie es feliz sin la posesión del bien sumo, que consiste en el conocimiento y posesión de aquella verdad que llamamos sabiduría” (El libre albedrío 2, 9, 26).

SANTIAGO SIERRA

